

TOM ROB SMITH

EL NIÑO 44

Traducción del inglés de
Mónica Rubio



Título original: *Child 44*

Ilustraciones de la cubierta: © Paolo Pellegrin / © Alex Majoli
Magnum Photos / Contacto

Diseño de las ilustraciones de la cubierta: Anne Twomey

Copyright © Tom Rob Smith, 2008

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2015

Copyright de la traducción © Mónica Rubio Fernández

Traducción cedida por Espasa Libros, S.L.U.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-05-0

Depósito legal: B-10.316-2015

1ª edición, mayo de 2015

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

Para mis padres

CHERVOI,
UCRANIA
UNIÓN SOVIÉTICA

25 de enero de 1933

Como María había decidido morir, su gato tendría que arreglárselas solo. Ya se había ocupado de él mucho más de lo razonable. Hacía tiempo que las ratas y los ratones habían caído en trampas y servido de comida a la gente del pueblo. Los animales domésticos habían desaparecido poco después. Todos menos uno, aquel gato, su compañero, al que ella había mantenido oculto. ¿Por qué no lo había matado? Necesitaba una razón para vivir; alguien a quien proteger y querer... un motivo para sobrevivir. Se había prometido seguir alimentándolo hasta el día que no pudiera alimentarse ella misma. Aquel día había llegado. Ya había cortado sus botas de cuero en tiras y las había hervido con ortigas y semillas de remolacha. Ya había escarbado la tierra en busca de gusanos, había lamido cortezas. Aquella mañana, en un delirio febril, se había puesto a mordisquear la pata del taburete de la cocina, masticando y masticando hasta llenarse las encías de astillas. Al verla, su gato había escapado y se había escondido bajo la cama. Se negó a asomarse incluso cuando ella se agachó y, llamándolo por su nombre, trató de convencerlo para que saliera. Aquél había sido el momento en que María había decidido morir, pues ya no tenía nada que comer y nadie a quien querer.

Esperó hasta el anochecer para abrir la puerta de su casa. Supuso que, bajo el manto de la oscuridad, su gato tendría más oportunidades de llegar al bosque sin ser vis-

to. Si alguien del pueblo reparaba en él, lo cazaría. Incluso en aquel instante, tan cerca de su propia muerte, la idea de que mataran a su gato la destrozaba. Se consoló pensando que el factor sorpresa estaba de parte del animal: en una comunidad donde los hombres maduros mascaban puñados de tierra con la esperanza de encontrar hormigas o larvas de insectos, los niños escarbaban en la mierda de caballo por si había cáscaras de grano sin digerir y las mujeres se peleaban por los huesos, estaba segura de que nadie imaginaría que un gato pudiera seguir vivo.

Pável no daba crédito a lo que veía. Era extraño, delgado, con los ojos verdes y el pelaje moteado de negro. Un gato, sin duda. Estaba recogiendo leña cuando vio al animal salir disparado de casa de María Antonovna y cruzar la carretera cubierta de nieve en dirección al bosque. Conteniendo la respiración, miró a su alrededor. Nadie más lo había visto. No había nadie por allí, ni luces en las ventanas. Las volutas de humo, la única señal de vida, se elevaban desde menos de la mitad de las chimeneas. Era como si la intensa nevada hubiera apagado el pueblo, extinguido toda señal de vida. La mayor parte de la nieve estaba intacta: apenas había pisadas y no se había excavado ningún camino. Los días eran tan silenciosos como las noches. Nadie se levantaba para ir a trabajar. Ninguno de sus amigos salía a jugar; se quedaban en sus casas, tumbados en la cama, abrazados a sus familiares, formando hileras de ojos hundidos que miraban al techo. Los adultos habían empezado a parecer niños, y los niños, adultos. La mayoría había renunciado a buscar restos de comida. En aquellas circunstancias, la aparición de un gato era nada menos que un milagro: el resurgir de una criatura considerada extinta desde hacía tiempo.

Pável cerró los ojos e intentó recordar la última vez que había comido carne. Cuando los abrió, estaba sallvando: la baba le corría por un lado de la cara en gruesas hileras. Se la limpió con el dorso de la mano. Nervioso, soltó las

ramas y corrió hacia su casa. Tenía que contarle a su madre, Oksana, la increíble noticia.

Oksana estaba sentada, envuelta en una manta de lana, mirando el suelo con fijeza. Permanecía totalmente inmóvil, ahorrando energía mientras intentaba dar con modos de mantener a su familia con vida, pensamientos que ocupaban todas sus horas de vigilia y sus sueños inquietos. Era una de las pocas personas que no se habían rendido. Nunca se rendiría. No mientras tuviera a sus hijos. Pero la simple determinación no bastaba, debía ir con cuidado: un esfuerzo mal calculado podía conllevar cansancio, y el cansancio conllevaba, inevitablemente, la muerte. Varios meses atrás, Nikolái Ivánovich, un vecino y amigo suyo, presa de la desesperación, había decidido asaltar un granero del Estado. No había regresado. A la mañana siguiente, la mujer de Nikolái y Oksana fueron en su busca. Lo encontraron tendido junto a la carretera, boca arriba. Un cuerpo esquelético, con la barriga tensa y abombada, preñada de los granos crudos que había engullido poco antes de morir. Su mujer lloraba mientras Oksana recogía los granos que quedaban en los bolsillos del cadáver y los repartía entre ambas. Cuando volvieron al pueblo, la mujer de Nikolái les contó la noticia a todos. En lugar de compadecerla, sintieron envidia: sólo podían pensar en el grano que poseía. Oksana se dijo que era una mujer honrada y necia: las había puesto a las dos en peligro.

Aquellos recuerdos se vieron interrumpidos por el ruido de unos pasos precipitados. Nadie corría a menos que se tratase de algo importante. Se levantó, temerosa. Pável entró precipitadamente en la habitación y, sin aliento, anunció:

—Madre, he visto un gato.

Ella dio un paso adelante y cogió las manos de su hijo. Tenía que asegurarse de que Pável no se lo había imaginado: el hambre podía jugar malas pasadas. Pero en su rostro no había signo alguno de delirio: su mirada era clara, y su expresión, seria. Tenía sólo diez años y ya era un hombre.

Las circunstancias exigían que renunciara a su niñez. Casi con toda certeza, su padre estaba muerto, si no literalmente, al menos sí para ellos. Se había marchado a Kiev con la esperanza de conseguirles comida. Nunca había regresado, y Pável comprendió, sin que nadie tuviera que explicárselo o consolarlo, que jamás volvería. Ahora Oksana dependía de su hijo tanto como éste de ella. Eran compañeros, y Pável había jurado en voz alta que tendría éxito allí donde su padre había fracasado: se aseguraría de que su familia sobreviviese.

Oksana le acarició la mejilla.

—¿Podrías atraparlo?

Él sonrió, orgulloso.

—Sí, si tuviera un hueso.

El estanque estaba helado. Oksana escarbó en la nieve buscando una piedra. Para que el ruido no llamara la atención de nadie mientras abría un pequeño agujero en el hielo, la envolvió en su chal a fin de amortiguarlo. Dejó la piedra. Dándose ánimos para enfrentarse al agua oscura y congelada, metió la mano y el frío le cortó el aliento. Sólo disponía de unos segundos antes de que se le entumeciera el brazo, así que se apresuró. Tocó el fondo con la mano, pero no agarró más que cieno. ¿Dónde estaba? Presa del pánico, se inclinó hacia delante y sumergió todo el brazo, buscando a diestro y siniestro, perdiendo la sensibilidad en la mano. Rozó vidrio con los dedos. Aliviada, agarró la botella y la sacó. Su piel había adquirido varios tonos de azul, como si la hubieran golpeado. No le importaba. Había encontrado lo que buscaba: una botella sellada con alquitrán. Limpió la capa de cieno de un lado y echó un vistazo al contenido. Dentro había un montón de huesos pequeños.

Al regresar a casa, vio que Pável había avivado el fuego. Calentó el precinto sobre las llamas y el alquitrán comenzó a caer entre las brasas formando gotitas pegajosas. Mientras esperaban, Pável, siempre atento a las necesidades de su madre, se fijó en la piel azulada y le frotó el brazo para estimularle la circulación. Cuando el alquitrán se fundió del todo, Oksana puso la botella del revés y la agitó: varios huesos se amontonaron en el cuello. Los sacó y se

los pasó a su hijo. Pável los estudió cuidadosamente, rascando la superficie y oliéndolos uno por uno. Después de haber escogido, se dispuso a salir. Su madre lo detuvo.

—Llévate a tu hermano.

Pável lo consideró un error. Su hermano pequeño era torpe y lento. Y, de todas formas, el gato le pertenecía a él. Él lo había visto y él lo atraparía. Sería su victoria. Su madre le colocó un segundo hueso en la mano.

—Llévate a Andréi.

Andréi tenía casi ocho años y quería mucho a su hermano. Apenas salía de casa y se pasaba la mayor parte del tiempo en el cuarto trasero, donde dormían los tres, jugando con una baraja de cartas. Los naipes los había hecho su padre con hojas de papel cortadas y pegadas, un regalo de despedida antes de marcharse a Kiev. Andréi todavía esperaba su regreso. Nadie le había dicho que no había nada que esperar. Cuando echaba de menos a su padre, lo cual sucedía a menudo, distribuía las cartas sobre el suelo, por palos y números. Estaba seguro de que si lograba terminar el solitario, su padre volvería. ¿Acaso no era ésa la razón por la que se las había dado antes de marcharse? Por supuesto, Andréi prefería jugar con su hermano, pero Pável ya no tenía tiempo para partidas de cartas. Siempre estaba ayudando a su madre y sólo jugaba con él, a veces, antes de acostarse.

Pável entró en la habitación. Andréi sonrió con la esperanza de que quisiera echar una partida, pero su hermano se agachó y recogió las cartas.

—Deja eso. Vamos a salir. ¿Dónde están tus *lapti*?

Andréi entendió la pregunta como una orden y se metió bajo la cama para coger sus *lapti*: dos tiras cortadas de la rueda de un tractor y un montón de harapos que, unidos con cuerda, servían de improvisadas botas. Pável lo ayudó a atárselas con fuerza mientras le explicaba que aquella noche tendrían la oportunidad de comer carne, siempre y cuando Andréi hiciera exactamente lo que él le dijera.

—¿Volverá nuestro padre?

—No, no volverá.

—¿Se ha perdido?

—Sí, se ha perdido.

—¿Quién nos traerá la carne?

—Iremos nosotros a cogerla.

Andréi sabía que su hermano era un experto cazador. Había atrapado más ratas que ningún otro muchacho del pueblo. Aquélla era la primera vez que le pedía que lo acompañase en una misión tan importante.

Fuera, en medio de la nieve, Andréi puso especial esmero en no caerse. A menudo se tambaleaba y tropezaba, pues veía el mundo borroso. Lo único que distinguía con claridad eran los objetos que se acercaba mucho a la cara. Si alguien lograba ver a una persona en la distancia —cuando lo único que Andréi era capaz de atisbar era una mancha borrosa—, el niño lo achacaba a la inteligencia o la experiencia, o a algún otro atributo que él aún no había desarrollado. Aquella noche no se caería ni quedaría como un tonto. Su hermano estaría orgulloso de él. Aquello era más importante que la perspectiva de comer carne.

Pável se detuvo en la linde del bosque y se arrodilló para examinar las huellas del gato en la nieve. Andréi se dijo que su habilidad para rastrearlas era extraordinaria. Admirado, se agachó y observó a su hermano tocar una de las huellas. Andréi no tenía ni idea de rastrear ni de cazar.

—¿Por aquí ha pasado el gato?

Pável asintió y miró hacia el bosque.

—Las huellas son muy poco profundas.

Imitando a su hermano, Andréi deslizó los dedos por la marca de la pezuña y luego preguntó:

—¿Y eso qué significa?

—El gato no pesa mucho, y eso quiere decir que tendremos menos que comer. Pero si está hambriento, entonces es más probable que lo atraigamos con el cebo.

Andréi intentó asimilar aquella información, pero se distraía.

—Hermano, si fueras una carta, ¿cuál serías? ¿Un as o un rey; una pica o un corazón?

Pável suspiró y Andréi, dolido por su incomprensión, sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Si te contesto, ¿prometes quedarte callado?

—Lo prometo.

—No atraparemos al gato si hablas y lo asustas.

—Estaré callado.

—Sería una sota, un caballero, el que lleva una espada. Y ahora, lo has prometido: ni una palabra.

Andréi asintió. Pável se levantó y se adentraron en el bosque.

Caminaron largo rato. Parecieron varias horas, aunque la percepción del tiempo de Andréi, al igual que su vista, no era muy aguda. Daba la sensación de que a su hermano mayor le bastaban la luz de la luna y el reflejo en la nieve para seguir la pista. Se habían adentrado mucho en el bosque, más allá de donde Andréi hubiera ido nunca. A menudo tenía que correr para no quedar rezagado. Le dolían las piernas, el estómago, tenía hambre y frío, y aunque en casa no había comida, al menos allí no le dolían los pies. La cuerda que sujetaba los harapos a las tiras de rueda se había aflojado y notaba la nieve en las plantas. No se atrevía a pedirle a su hermano que parase y volviera a atárselas. Lo había prometido: ni una palabra. Pronto la nieve se derretiría, los harapos se empaparían y perdería la sensibilidad en los pies. Para apartar aquellos pensamientos desagradables, rompió una rama de un arbolillo y mascó la corteza hasta reducirla a una pasta tosca, áspera a la lengua y los dientes. Le habían dicho que la pasta de la corteza aplacaba el hambre. Él se lo había creído: creérselo era útil.

De pronto, Pável le hizo un gesto para que parara. Andréi se detuvo al instante, con los dientes marrones por los trozos de corteza. Pável se echó al suelo. Andréi lo imitó, escrutando el bosque en busca de lo que su hermano había visto. Entornó los ojos, intentando enfocar los árboles.

Pável miraba al gato y el gato parecía mirarlo a él con sus ojillos verdes. ¿Qué estaría pensando? ¿Por qué no es-

capaba? Si había estado oculto en casa de María, quizá todavía no hubiese aprendido a temer a los humanos. Pável cogió su cuchillo y se hizo un corte en la yema del dedo para embadurnar con sangre el hueso de pollo que su madre le había dado. Hizo lo mismo con el cebo de Andréi, el cráneo fracturado de una rata, usando su propia sangre, pues temía que su hermano gritara y asustase al gato. Sin decir una palabra, los niños se separaron y avanzaron en direcciones opuestas. Antes, en casa, Pável había dado a Andréi instrucciones precisas, así que no necesitaban hablar. Una vez estuvieran a cierta distancia, cada uno a un lado del gato, colocarían los huesos en la nieve. Pável no dejaba de mirar a su hermano, para asegurarse de que no metía la pata.

Siguiendo con exactitud las pautas recibidas, Andréi se sacó la cuerda del bolsillo. Pável ya había hecho un lazo en un extremo y él no tenía más que pasarlo alrededor del cráneo de la rata. Tras conseguirlo, se echó atrás cuanto le permitió la cuerda, se tumbó bocabajo y se aplastó contra la nieve. Se quedó quieto, a la espera. Sólo en aquel momento se dio cuenta de que apenas podía ver su cebo. Era una mancha borrosa. De repente se asustó y deseó que el gato fuera hacia su hermano. Pável no cometería ningún error; lo atraparía y podrían volver a casa a comer. Nervioso y con frío, notó que las manos le temblaban. Intentó calmarse. Consiguió ver algo: una sombra que se acercaba a él.

El aliento de Andréi empezó a derretir la nieve que tenía delante de la cara, y los hilillos de agua helada fueron deslizándose hacia él y metiéndosele por la ropa. Quería que el gato fuera en la otra dirección, a la trampa de su hermano, pero cuanto más se acercaba aquella mancha, más claro estaba que lo había escogido a él. Por supuesto, si lo atrapaba, Pável lo adoraría, jugaría con él a las cartas y nunca más se enfadaría. La idea le gustó, y pasó del pánico a la impaciencia. Sí, sería él quien lo cazara. Lo mataría. Demostraría lo que valía. ¿Qué había dicho Pável? Le había advertido que no tirara demasiado pronto del cebo. Si el animal se asustaba, todo estaría perdido. Por aquella

razón, y por el hecho de que no podía saber con precisión dónde estaba el gato, Andréi decidió esperar y asegurarse. Casi apreciaba con nitidez el pelaje negro y las cuatro patas. Esperaría un poco más, un poco más...

—¡Ahora! —oyó susurrar a su hermano.

Andréi se asustó. Conocía aquel tono de otras muchas veces. Significaba que había hecho algo mal. Entornó los ojos con fuerza y vio al gato justo en el centro de su trampa. Tiró de la cuerda. Pero era ya demasiado tarde, porque el animal había saltado. El lazo había fallado. A pesar de ello, tiró de la soga hacia sí, con la patética esperanza de que, de alguna forma, hubiera un gato al otro extremo. Pero se encontró con un lazo vacío en las manos y notó que enrojecía de vergüenza. Rabioso, quiso levantarse, perseguir al gato, atraparlo, estrangularlo y aplastarle el cráneo. Sin embargo, no se movió: vio que su hermano permanecía tumbado, y Andréi, acostumbrado a imitar a Pável, hizo lo mismo. Entornó los ojos, esforzándose hasta que pudo distinguir que la difusa silueta negra se dirigía ahora hacia la trampa de su hermano.

El enfado por la incompetencia de Andréi había dejado paso a la excitación ante la imprudencia del gato. Pável tensó los músculos de la espalda. Sin duda el animal había probado la sangre, y el hambre era más fuerte que la precaución. Lo observó pararse de golpe, con una pata alzada, y mirarlo fijamente. Contuvo la respiración: apretó los dedos con fuerza en torno a la cuerda y esperó, instando en silencio al gato a acercarse.

Por favor. Por favor. Por favor.

El animal saltó hacia delante, abrió las fauces y atrapó el hueso. Con una anticipación perfecta, Pável tironeó de la cuerda. El lazo se estrechó alrededor de la zarpa de una pata delantera. El niño se levantó de un salto y estiró de la cuerda para apretar el nudo. El gato intentó escapar, pero el lazo lo mantenía bien sujeto. Pável hizo caer al animal. El bosque se llenó de maullidos estridentes, como si fuera una criatura mucho mayor la que luchaba por su vida re-

torciéndose en la nieve, arqueando el cuerpo y tensando la cuerda. Pável temió que el nudo se rompiera. La cuerda era fina y estaba deshilachada. Cuando intentaba acercarse, el gato se alejaba, quedando fuera de su alcance.

—¡Mátalo! —le gritó a su hermano.

Andréi seguía inmóvil, temeroso de cometer otro error. Sin embargo, ahora le habían dado instrucciones. Se levantó de un salto y echó a correr, pero tropezó y cayó de bruces en la nieve. Levantó la cara y vio delante al gato, que bufaba y se retorecía. Si la cuerda se rompía, el animal escaparía y su hermano lo odiaría.

—¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Mátalo! —le chilló Pável con un tono ronco y frenético.

Andréi se incorporó tambaleándose y, sin saber muy bien lo que hacía, se arrojó encima del gato, que seguía revolviéndose. Había esperado que el impacto lo matara, pero, una vez sobre el animal, notó que estaba vivo y le arañaba la chaqueta, hecha de sacos cosidos. Con el gato atrapado debajo de su cuerpo, miró a su hermano, suplicándole con los ojos que interviniera.

—¡Sigue vivo!

Pável corrió hacia delante y se arrodilló. Metió las manos bajo el cuerpo de su hermano, pero el animal le mordió y las sacó de golpe. Sin hacer caso de su dedo sangrante, se pasó al otro lado y volvió a introducir las, aferrando esta vez la cola. Empezó a subir los dedos por el lomo del animal. Desde aquella línea de ataque, el gato no podía defenderse.

Andréi se quedó inmóvil, sintiendo la lucha que tenía lugar debajo de su cuerpo, las manos de Pável, que se acercaban cada vez más a la cabeza del gato. Éste sabía que aquello significaba la muerte y empezó a morder todo lo que encontraba —su chaqueta, la nieve—, enloquecido por el miedo, un miedo que Andréi notaba en forma de espasmos en la barriga.

—¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Mátalo! —gritó Andréi imitando a su hermano.

Pável le rompió el cuello al animal. Durante un instante, ninguno de los dos hizo nada, permanecieron quietos,

recobrando el aliento. Pável apoyó la cabeza sobre la espalda del pequeño, sin dejar de apretar con fuerza el cuello del gato. Finalmente sacó las manos de debajo de su hermano y se levantó. Andréi se quedó tumbado en la nieve, sin atreverse a moverse.

—Ya puedes levantarte.

Ya podía. Ya podía estar de pie, hombro con hombro con su hermano. Y sentirse orgulloso. No le había decepcionado. No había fallado. Levantó la mano, agarró con fuerza la de Andréi y se levantó también. Pável no habría logrado atrapar al gato sin su ayuda. La cuerda se habría roto. El gato habría escapado. Andréi sonrió y después rió, dando palmas y bailando. Se sentía más feliz que nunca. Eran un equipo. Su hermano lo abrazó y los dos miraron el trofeo: un esquelético gato muerto aplastado contra la nieve.

Era imprescindible transportar el trofeo hasta el pueblo sin que los vieran. La gente lucharía, mataría por una pieza como aquélla, y tal vez los maullidos hubieran alertado a alguien. Pável no quería dejar nada al azar. No llevaban un saco donde meterlo. Improvisando, decidió ocultarlo bajo un montón de ramas. Si se encontraban con alguien de camino a casa, parecería que habían estado recogiendo leña y no les harían preguntas. Levantó al gato de la nieve.

—Lo llevaré bajo un montón de ramas, para que nadie pueda verlo. Pero si de verdad estuviéramos recogiendo leña, tú también deberías llevar un montón de ramas.

Andréi quedó impresionado por la lógica de su hermano. A él jamás se le habría ocurrido. Empezó a recolectar leña. Como el terreno estaba nevado, era complicado encontrar ramas sueltas y hubo de rastrillar con las manos desnudas para buscar en el suelo congelado. Después de cada pasada se frotaba y soplaba los dedos. La nariz empezó a gotearle y el labio superior se le llenó de mocos. Pero en aquella noche de éxito no le importaba. Empezó a tararear una canción que solía cantar su padre, hundiendo de nuevo los dedos en la nieve.

Pável, que tenía las mismas dificultades para encontrar leña, se había alejado de su hermano. No les quedaría otro remedio que separarse. A cierta distancia vio un ár-

bol caído con ramas que se extendían en todas direcciones. Se apresuró hasta allí y dejó el gato en la nieve para poder arrancar con ambas manos toda la madera seca del tronco. Había mucha, más que suficiente para ambos. Echó un vistazo alrededor buscando a Andréi. Estaba a punto de llamarlo cuando se contuvo. Había oído un ruido. Se volvió rápidamente, mirando en todas direcciones. El bosque era denso, oscuro. Cerró los ojos para concentrarse en aquel ruido rítmico: unas pisadas que hacían crujir, crujir, crujir la nieve. Cada vez más rápido, más estruendoso. Sintió una descarga de adrenalina por todo el cuerpo. Abrió los ojos. Allí, en la oscuridad, distinguió un movimiento: un hombre que corría. Llevaba una rama gruesa y pesada. Sus zancadas eran largas. Iba directo hacia él. Los había visto cazar el gato y quería robárselo. Pero él no se lo permitiría: no dejaría que su madre muriese de hambre. No fracasaría como su padre. Empezó a echar nieve sobre el gato con el pie, intentando ocultarlo.

—Estamos recogiendo...

Su voz se apagó cuando el hombre salió a la carrera de entre los árboles, con la rama en alto. Sólo entonces, al ver por primera vez el rostro demacrado y la expresión salvaje del hombre, Pável entendió que no era el gato lo que quería. Lo quería a él.

Pável abrió mucho la boca más o menos en el mismo instante en que la rama se abatió de un golpe sobre su cabeza. No sintió nada, pero se dio cuenta de que ya no estaba de pie. Se sostenía sobre una rodilla. Alzó la mirada, con la cabeza inclinada y la sangre deslizándosele sobre un ojo, y vio que el hombre levantaba la rama para asestarle un segundo golpe.

Andréi dejó de tararear. ¿Lo había llamado Pável? No había encontrado muchas ramas, desde luego no bastantes para llevar a cabo su plan, y no quería que lo regañase después de haberse portado tan bien. Se levantó y sacó las manos de la nieve. Echó un vistazo hacia el bosque, entor-

nando los ojos, sólo capaz de ver como una mancha incluso los árboles más cercanos.

—¿Pável?

No hubo respuesta. Volvió a llamar. ¿Acaso era un juego? No, Pável no jugaba, ya no. Avanzó en la dirección en que había visto a su hermano por última vez, pero no logró distinguir nada. Qué estupidez. No era Andréi quien debía encontrar a Pável, sino Pável a él. Algo no iba bien. Volvió a llamarlo, más alto. ¿Por qué no respondía? Andréi se limpió la nariz con la áspera manga de la chaqueta preguntándose si no se trataría de una prueba. ¿Qué haría su hermano en una situación semejante? Seguiría las huellas en la nieve. Dejó las ramas y se agachó para buscar a gatas por el terreno. Encontró sus propias pisadas y las rastreó hasta el lugar en que había dejado a su hermano. Orgulloso, pasó a las de Pável. Si se levantaba no podía verlas, así que, agachado, con la nariz a pocos palmos del suelo, avanzó como un perro que sigue un rastro.

Llegó hasta un árbol caído, con ramas esparcidas alrededor y huellas de pisadas por todas partes, algunas profundas y grandes. La nieve estaba teñida de rojo. Cogió un puñado, hizo una bola, la apretó y vio que se convertía en sangre.

—¡Pável!

No dejó de gritar hasta que le dolió la garganta y se le fue la voz. Lloriqueaba, quería decirle a su hermano que podía quedarse con su parte del gato. Sólo deseaba que volviera. Pero no sirvió de nada. Su hermano lo había abandonado. Y estaba solo.

Oksana había escondido detrás de los ladrillos del horno una bolsita con tallos de maíz pulverizados, amaranto y mondas de patata molidas. Durante las inspecciones siempre tenía un pequeño fuego encendido, así que los recolectores enviados para controlar que no tuviera reservas de grano ocultas nunca miraban detrás de las llamas. Desconfiaban de ella: ¿por qué estaba sana cuando los demás es-

taban enfermos? Como si seguir con vida fuera un crimen. Pero no encontraban comida en su casa, no podían tacharla de *kulak*, de campesina rica. En lugar de ejecutarla al instante, la dejaban para que muriera por sí misma. Ella ya se había dado cuenta de que no podía vencerlos por la fuerza. Años atrás, había organizado una acción de resistencia en el pueblo, cuando se había corrido la voz de que estaban a punto de llegar unos hombres para llevarse la campana de la iglesia. Querían fundirla. Ella y otras cuatro mujeres se habían encerrado en el campanario para tañerla constantemente y plantarles cara. Oksana había gritado que aquella campana pertenecía a Dios. Aquel día podrían haberla matado, pero el hombre encargado de la operación había decidido perdonarle la vida. Tras echar la puerta abajo les explicó que sus únicas órdenes eran llevarse la campana, pues el metal era necesario para la revolución industrial de su país. Por toda respuesta, ella había escupido al suelo. Cuando el Estado empezó a llevarse la comida de los habitantes del pueblo argumentando que pertenecía al país y no a ellos, Oksana aprendió la lección. En lugar de fuerza, fingía obediencia y mantenía su resistencia en secreto.

Aquella noche la familia se daría un festín. Derritió unos puñados de nieve, hasta que hirvieron, y los aderezó con los tallos pulverizados. Añadió el resto de los huesos de la botella. Una vez cocinados, los machacaría hasta obtener harina. Por supuesto, estaba anticipándose: Pável no lo había logrado aún. Pero estaba segura de que lo conseguiría. Aunque Dios le había dado una vida de sufrimiento, también le había dado un hijo que la ayudaba. De todas formas, aunque Pável no hubiera atrapado al gato, Oksana se dijo que no se enfadaría. El bosque era grande, el gato, pequeño, y, además, enfadarse era un derroche de energía. Ni siquiera mientras intentaba mentalizarse para una decepción, consiguió evitar marearse ante la perspectiva de un *borscht* de carne y patatas.

Andréi estaba de pie en la puerta, con un corte en la cara, nieve en la chaqueta y mocos y sangre en la nariz. Sus *lapti* estaban completamente destrozados, se le veían los dedos de los pies. Oksana se precipitó hacia él.

—¿Dónde está tu hermano?

—Me ha dejado solo.

Andréi se echó a llorar. No sabía dónde estaba Pável. No entendía qué había pasado. No podía explicarlo. Sabía que su madre iba a odiarlo, que le echaría la culpa a pesar de que había hecho lo correcto en todo momento, a pesar de que era su hermano quien lo había abandonado.

Oksana no podía respirar. Empujó a Andréi a un lado y salió a la carrera de la casa, en dirección al bosque. Ni rastro de Pável. Quizá se hubiera caído y herido. Tal vez necesitase ayuda. Volvió a entrar rápidamente, desesperada por obtener respuestas, pero lo único que encontró fue a Andréi, junto al *borscht*, con una cuchara en la boca. Pillado con las manos en la masa, miró a su madre avergonzado, mientras un hilillo de sopa resbalaba desde su labio. Presa de la rabia —rabia por su marido muerto, por su hijo desaparecido—, la mujer se precipitó hacia Andréi, lo tiró al suelo y le metió la cuchara de madera hasta la garganta.

—Cuando te saque esta cuchara de la boca, me dirás qué ha pasado o te mataré.

Pero en cuanto la sacó, lo único que pudo hacer su hijo fue toser. Enfurecida, volvió a metérsela bruscamente.

—Eres un inútil, un torpe y un imbécil. ¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde?

Volvió a sacar la cuchara, pero Andréi lloraba, se ahogaba. No podía hablar. Siguió llorando y tosiendo, así que ella lo golpeó en el pequeño pecho. Sólo se detuvo cuando el *borscht* estuvo a punto de quemarse. Entonces se levantó y apartó la sopa del fuego.

Andréi lloriqueaba en el suelo. Oksana lo miró y su enfado empezó a remitir. Era muy pequeño. Quería mucho a su hermano. Se agachó, lo tomó en brazos y lo sentó en una silla. Lo envolvió con una manta y le sirvió un cuenco de *borscht*. Una ración generosa, mucho mayor que cualquiera que hubiera comido. Intentó darle de comer con la cuchara, pero el niño no quería abrir la boca. No se fiaba. Se la ofreció a él. Andréi dejó de llorar y se puso a comer. Se terminó el *borscht*. Oksana volvió a llenarle el cuenco. Le dijo que comiera despacio. Andréi no hizo caso y apuró el

segundo cuenco. Con mucha calma, le preguntó qué había pasado y escuchó mientras su hijo le hablaba de la sangre en la nieve, las ramas esparcidas, la desaparición y las huellas profundas. Oksana cerró los ojos.

—Tu hermano está muerto. Se lo han llevado para comérselo. ¿Me entiendes? Vosotros estabais cazando aquel gato y alguien os estaba cazando a vosotros. ¿Me entiendes?

Andréi se quedó en silencio viendo llorar a su madre. En realidad, no lo entendía. La observó mientras se levantaba y salía de casa. Al oír su voz, corrió hasta la puerta.

Oksana estaba arrodillada en la nieve, con la mirada alzada hacia la luna llena.

—Por favor, Dios, devuélveme a mi hijo.

Sólo Él podía traerlo de vuelta a casa. No era pedir mucho. ¿Tan poca memoria tenía Dios? Ella había arriesgado su vida para salvar su campana. Lo único que quería a cambio era recuperar a su hijo, la razón de su existencia.

Algunos vecinos se asomaron a sus puertas. Observaron a Oksana. Escucharon sus lamentos. Pero aquella clase de dolor no era nada raro, y no permanecieron allí mucho tiempo.

VEINTE AÑOS DESPUÉS

MOSCÚ

11 de febrero de 1953

La bola de nieve golpeó a Jora en la nuca. Pillado por sorpresa, notó que se desparramaba alrededor de sus orejas. Detrás de él, en alguna parte, oyó reír a su hermano; reía bien alto, orgulloso de sí mismo, orgulloso de aquel tiro, aunque hubiera sido de casualidad, un golpe de suerte. Jora se sacudió el hielo del cuello de la chaqueta, pero algunos trozos se le habían colado por la espalda. Iban derritiéndose, le resbalaban por la piel y dejaban un rastro de agua helada. Se sacó la camisa de los pantalones y metió la mano hasta donde pudo para quitarse el hielo.

Atónito ante la autocomplacencia de su hermano mayor —concentrado en limpiarse la camisa en lugar de en buscar a su oponente—, Arkadi se tomó su tiempo en compactar la nieve, puñado a puñado. Si le quedaba demasiado grande, la bola no serviría de nada: sería difícil de lanzar, lenta en el aire y fácil de esquivar. Aquél había sido su error durante mucho tiempo: hacerlas demasiado grandes. En vez de causar un fuerte impacto, volaban poco y la mayoría de las veces se desintegraban sin alcanzar siquiera a su hermano. Jora y él jugaban mucho en la nieve. De vez en cuando había otros niños, pero casi siempre estaban solos. Los juegos empezaban de forma casual, pero iban volviéndose más competitivos con cada bolazo. Arkadi nunca había ganado, si es que podía hablarse de ganadores. Una y otra vez se daba por vencido ante la velocidad y

la potencia de los lanzamientos de su hermano. Los juegos siempre acababan igual: con frustración, rendición, enojo, o peor, llanto y huida. Odiaba perder siempre y, más aún, enfadarse tanto por ello. La única razón por la que seguía jugando era la convicción constante y optimista de que algún día todo cambiaría, de que algún día ganaría. Y aquel día había llegado. Era su oportunidad. Se acercó, pero no demasiado: quería que el bolazo fuera válido, y los disparos a bocajarro no contaban.

Jora la vio venir: una esfera de nieve que describía una parábola en el aire, ni muy grande ni muy pequeña, justo como las que tiraba él. No podía hacer nada. Tenía las manos a la espalda. No le quedaba más remedio que admitir que su hermano aprendía deprisa.

La bola lo golpeó en la punta de la nariz, le estalló en los ojos y se le metió en la nariz y la boca. Dio un paso atrás, con la cara blanca. Había sido un lanzamiento perfecto: aquello significaba el final del juego. Había perdido ante su hermano pequeño, un chiquillo que no tenía ni cinco años. Y sin embargo, ahora que había sido derrotado por primera vez, pudo por fin valorar la importancia de la victoria. Su hermano reía de nuevo, a mandíbula batiente, como si un bolazo en la cara fuera lo más divertido del mundo. Al menos él nunca se había pavoneado como Arkadi lo estaba haciendo; jamás se había reído tanto ni había obtenido tanta satisfacción de sus victorias. Su hermano pequeño era un mal perdedor y un ganador aún peor. Necesitaba que le dieran una lección, que le bajaran los humos. Había ganado una vez, nada más: una partida afortunada e insignificante, una entre cien. No, una entre mil. ¿Y ahora se atrevía a comportarse como si estuvieran empatados, o peor aún, como si fuera mejor que él? Jora se agachó, escarbó en la nieve hasta tocar la fría tierra que había debajo y recogió un puñado de barro helado, arena y piedras.

Al ver que su hermano preparaba otra bola, Arkadi se dio la vuelta y corrió. Sería un lanzamiento de venganza: hecho con esmero y lanzado con toda la potencia que Jora poseía. No estaba dispuesto a recibir uno de aquellos bolazos. Si corría, se pondría a salvo. La bola, por bien

ejecutada o precisa que fuera, sólo podría recorrer una distancia determinada antes de empezar a perder la forma, a deshacerse. Y aunque le diera, a unos cuantos metros no hacía daño, apenas merecía la pena lanzar. Si corría, sería el ganador. No quería la revancha, no quería que su triunfo se viera contrarrestado por una sucesión de lanzamientos rápidos de su hermano. No: tenía que escapar y cantar victoria. El juego debía terminar en aquel momento. Podría disfrutar de aquella sensación al menos hasta el día siguiente, cuando probablemente volvería a perder. Pero eso sería mañana. Hoy había ganado.

Oyó a su hermano gritar su nombre. Miró atrás, sin dejar de correr, sonriendo, seguro de haberse alejado lo suficiente para que el lanzamiento quedara en nada.

El impacto fue como un puñetazo en la cara. La cabeza se le fue hacia un lado, los pies perdieron el contacto con el suelo y, durante un segundo, flotó en el aire. Cuando volvió a tocar el suelo, se le doblaron las piernas y cayó, demasiado aturdido para extender las manos, hundiéndose en la nieve. Se quedó allí tirado un instante, incapaz de comprender lo sucedido. Tenía arena, barro, saliva y sangre en la boca. Con cautela, se llevó el extremo de un dedo enguantado a los labios. Sus dientes tenían un tacto áspero, como si lo hubieran obligado a comer arena. Había un hueco. Uno de los dientes había saltado. Empezó a llorar y escupió en la nieve. Se puso a escarbar en la suciedad en busca de su diente perdido. Por alguna razón, no podía pensar en otra cosa; era lo único que le importaba. Tenía que encontrarlo. ¿Dónde estaba? Pero no daba con él en la blancura de la nieve. Había desaparecido. Y no se trataba tanto del dolor como de la rabia, de la indignación ante aquella injusticia. ¿Acaso no podía ganar ni una partida? Había vencido limpiamente. ¿No podía su hermano cederle al menos aquélla?

Jora corrió hacia Arkadi. En cuanto el puñado de barro, hielo y arena había salido de su mano, se había arrepentido. Había gritado el nombre de su hermano con la esperanza de que éste se agachase y esquivara el tiro. Sin embargo, Arkadi se había vuelto y expuesto directamente al impacto.

En vez de ayudarlo, había parecido un truco especialmente perverso. Mientras se acercaba, vio la sangre en la nieve y sintió náuseas. Él era el culpable. Había convertido aquel juego, un juego del que disfrutaba como con nada en el mundo, en algo terrible. ¿Por qué no había dejado ganar a su hermano? Habría vuelto a ganar al día siguiente, y al otro, y al otro. Se avergonzó.

Jora se arrodilló en la nieve y puso una mano en el hombro de su hermano pequeño. Arkadi se zafó y lo miró con los ojos enrojecidos y llorosos y la boca ensangrentada, como un animal salvaje. No dijo nada. Tenía toda la cara tensa de rabia. Se puso de pie, tambaleándose un poco.

—¿Arkadi?

Por toda respuesta, su hermano se limitó a abrir la boca y gritar, emitió una especie de ladrido. Jora sólo vio un montón de dientes sucios. Arkadi se dio la vuelta y escapó a la carrera.

—¡Arkadi, espera!

Pero no esperó. No se detuvo. No quería oír la disculpa de Jora. Corrió tan rápido como pudo, buscando con la lengua el hueco reciente en la parte frontal de su dentadura. Cuando lo encontró, cuando sintió la encía con la punta, deseó no volver a ver a su hermano jamás.